

Paul Bowles
(1910-1999)



El deceso de Paul Bowles pone fin a una de las mayores travesías literarias del siglo XX. Autor múltiple y original, se sobrepuso a las modas y alcanzó la estatura de un clásico.

una sensación cercana al estado hipnótico.

Escéptico en cuestiones religiosas y criado en el desprecio hacia el padre -quien lo habría dejado, con días de vida, al lado de una ventana abierta para que muriera de frío-, Bowles desarrolló tempranamente una visión del mundo gobernada por un profundo temor a la oscuridad. "No pensaba que algo iba a aparecer sobre mi cama", comentaba en 1987 a *Libération*. "Mas bien temía que algo saliera de mí: monstruos, o que yo mismo fuese un monstruo, o que mi madre fuese un monstruo que iba a entrar en mi pieza en medio de la noche".

Admirador de su abuelo paterno -ex comba-

Vivir y morir en Tánger

"Todo lo inevitable es necesario", sentenció Paul Bowles respecto de la idea que le sugería la muerte. Implacable como se la imaginaba, esta lo visitó hace una semana, media hora después de que el escritor entrara en coma a raíz de complicaciones cardiorrespiratorias. Había llegado al hospital Duque de Tovar, en Tánger, por una afección urinaria. Cuestión de rutina, según parecía, pero que se complicó progresivamente. Casi a la inversa de lo que pasó en diciembre de 1910, cuando las menajas del neoyorquino Mary Immaculate Hospitalizaron de arrebatarse al recién nacido Paul Frédéric de las manos de su madre. Le decían que debía ser bautizado inmediatamente, porque no sobreviviría a esa noche.

Bowles, también compositor, traductor e

investigador folclórico, escribió elegantemente acerca de la muerte. Pero también, sobre lo sólido y lo inestable, sobre la imposibilidad de salir indemne en el contacto con el prójimo y acerca de la brutalidad del choque entre culturas, por mencionar algunos temas. Ante todo, sin embargo, acechó su mente creativa la idea informe y omnipresente del zaido, sentimiento a su juicio más intenso e imperecedero que el amor.

Con frecuente livandad, el mote de escritor "exótico" le fue atribuido al autor de *El cielo protector* (1949), novela imprescindible de la segunda mitad del siglo. Nada más lejos de la dureza con que sus letras se acercaron al mundo y de las descripciones de distintos continentes que difícilmente servirían a turista alguno para organizar su propio periplo, aun si éstos pueden crear

tiente de la Guerra Civil, quien le contaba que hubo años en que nunca durmió dos veces en la misma ciudad, decidió a los 18 años interrumpir sus estudios en la Universidad de Virginia, dejar el país y embarcarse hacia París, satisfaciendo simultáneamente dos pasiones que no abandonaría: la literatura y el viaje.

Trabajó en diversos oficios que le permitieron mantenerse mientras publicaba en revistas menores, con el fin de hacerse un lugar en el escenario de la poesía. En 1931 inicia sus visitas a Cocteau, los surrealistas y a Gertrude Stein, quien junto con decirle que su trabajo no era malo, pero que tampoco era poesía, lo invita a vacacionar en Tánger, la urbe marroquí que dos décadas más tarde se convertiría en su hogar y que él mismo llamó "la ciudad huérfana".

Una ciudad "como uno se imagina que debía ser Europa en la Edad Media", señalaba el

Vivir y morir en Tánger. [artículo]

Libros y documentos

FECHA DE PUBLICACIÓN

1999

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Vivir y morir en Tánger. [artículo]. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile